

Trinidad Baruf

**EL PAISAJE
SE LLENA
DE ESPEJOS**

Presente

La luz ocre se cuela por los bordes del *black out*, iluminando un cuadro vacío. Nos imagino pintadas, estáticas. Ahogadas en un sueño o muertas. La cabeza sobre la palma de la mano. El codo hundido en el colchón de arena movediza. No los vemos, pero los pájaros cantan. Balbuceo con los ojos cerrados palabras cortas. *Mimo, nadie, mordés*. Repto para darle un beso, pero se aleja. No sé si no quiere que la bese o le repugna el olor que sale de mi pelo. Estira los brazos y las piernas sobre las sábanas mojadas. Es un ángel de nieve. Se frota la nariz con las manos, tiene las uñas negras. La tierra de las macetas está seca, pero las plantas crecen igual. Trato de minimizar los esfuerzos domésticos. Un rulo perfecto, renacentista, le tapa un ojo. La

abrazo. Me abraza. Me empuja. Rodamos sobre el colchón *king size* estampando las sábanas con nuestro sudor. En el borde, frena y lanza un sonido que me toca con un palo. Enrosca el cuello de jirafa. Sigue los caminos sinuosos que trazan los insectos sobre la pared. Su mirada ilumina cuerpos peludos que mueven las patas encima de la cama. Se sacude y dicta la coreografía que bailan los bichos. Estiro los brazos y los cruzo sobre la cabeza. Mis axilas huelen a óxido. No nos bañamos desde que internaron a Javier. La última semana fue una aventura hacia la decadencia.

México

Vivimos dos años en la Ciudad de México. A los dos meses me embaracé. Conocí la ciudad mientras me crecía la panza. Cuando salía a caminar, intentaba simular que iba a algún lado, a cumplir alguna tarea. Compraba velas aromáticas o sartenes para sentir que el departamento de Javier también era mi casa. Usaba pantalones de elástico grueso de payaso, tenía el pelo finito, un agujero arriba del ojo izquierdo anticipaba la calvicie que me produciría la lactancia; olía rancio por el flujo vaginal inundado de bacterias que lograba traspasar la ropa interior enorme, y se evaporaba a mi alrededor como una nube de mala suerte. Me sentaba en un café y escribía. Volví a escribir en México. Cuando quería regresar, ponía el mapa en el telé-

fono. Adentro, me tiraba en el sillón a mirar videos de canciones en YouTube. Sostenía la computadora con la panza. Escuchaba *hits*. No soportaba las variantes *cool*, como el *trap*. Casi no comía, no se me iban las náuseas. Lo único que podía tragar era un caldo de pollo que hacían en el mercado que está sobre Nuevo León. Algo que en Argentina me hubiese dado asco comer, embarazada en México, era mi plato favorito. La sopa se me chorreaba por las tetas. Camila Cabello le clavaba los ojos a Shawn Mendes, apoyada contra las puertas de madera de un placard descarapelado. Él se sacaba la camiseta blanca y descubría una espalda escultural. Ella cantaba: *Locked in the hotel / There's just some things that never change*. El caldo venía en un plato de telgopor y papel film. Todo ese plástico que llegaba cada vez que me daba hambre, me envolvía. Javier trabajaba todo el día y yo no conocía a casi nadie en México.

Cuando Ana estaba por cumplir un año, Javier empezó a hacer *home office*. Salía para que sus gritos no interrumpieran las videollamadas. Caminábamos sin rumbo, esquivando a la gente. Una tarde, a mediados de octubre, no llovió y caminé mucho.

En esa época del año, en las calles todavía se ven banderas de todos los tamaños y trajes de charro para bebés que se usaron en los actos escolares para celebrar el Día de la Independencia. Avancé entre telas de arañas falsas y muñecos con protéticos de quemaduras. Vi cómo algunos tenían flores y picos de metal en la cabeza. En los techos y balcones había inflables de *zombies* y esqueletos. En una tiendita sin tanto presupuesto juntaron un montón de bolsas de basura, las llenaron y las ataron con una cuerda para simular que había cuerpos mutilados adentro. Me mareé y me senté en una cafetería cerca del Parque México. La mesita era diminuta. Dejé a Ana en el cochecito. El sonido *lounge* viajaba sobre el zumbido de las abejas que salían de las galletas expuestas en una vitrina con forma de pannel. Ana comía una concha de chocolate. Vi entrar a dos mujeres. Sus melenas, fuertes y brillantes, fueron directo a la barra. Escuché que conversaban sobre el futuro. Se irían a vivir a Cancún. Allí los niños crecerían con la fuerza de la naturaleza, lejos de la contaminación, la comida sería orgánica y la vida del mar las obligaría a hacer tanto ejercicio que su salud y su aspecto se transformarían sin

notar el esfuerzo. La conversación fue corta pero contundente. *Hay que aprovechar la situación*, dijo la más alta. Anoté en mi mente sus *tips*. Mientras salían con sus *lattes* en la mano, les sonreí. Mi aspecto no debía ser muy convocante. Me paré, dejé el dinero en la mesita y caminé detrás de ellas. En la vereda, un nene pasó corriendo a mi lado, sin importarle un carajo mi presencia, y me tiró en los pies el papel de un chocolate. Lo levanté y me enchastré. Enfrente, un trineo jalado por seis renos desfigurados se izaba en un balcón y tapaba por completo la ventana del departamento. Ana podría alguna vez, en un futuro, no pedirme, no verme. Le dije: *en la playa vamos a escuchar el sonido del mar*. Ana tenía la remera cubierta de pedazos de costra de azúcar y chocolate, una planta recién trasplantada y espolvoreada con tierra fértil. Volvimos a casa y le conté el plan a Javier. Era difícil hablar con él: su horario de trabajo coincidía con el tiempo que estaba despierto. *Deberíamos irnos, Javier. Podemos hacer jugo verde en la mañana, dejar de desayunar pan. ¿Qué tal si donamos el microondas y el televisor a un comedor infantil? ¿Cómo ves, mi amor?* A Javier le sorprendió mi entusiasmo. Le mostré una serie de

desarrollos inmobiliarios de lujo. Hice clic en la pantalla para agrandar las fotos del que a mí más me gustaba. Me miró con los ojos casi cerrados y aflojó las manos, el celular cayó sobre el sillón. En la pantalla había signos de interrogación. *Si te hace feliz, adelante.*

El desarrollo donde vivimos desde finales de marzo, se llama El Chimal. En la portada de la página web había un primer plano de una familia de cuatro personas, el pelo teñido con reflejos azafrán, en el fondo el cielo o el mar, o un abismo. Los ojos avellana y la sonrisa leve. *Es baratísimo, ¿no te parece? Heredé la pasta para los negocios de mi abuelo,* le dije al oído y le chupé la oreja con la punta de la lengua para agradecerle.

Berez

Mi abuelo paterno había empezado a trabajar a los ocho años en Berez, cerca de La Plata. Había sido ayudante de un taller mecánico, recamarero en un motel y despostador en una fábrica de embutidos cerca del puerto. Pero el dinero lo hizo cuando se dio cuenta de que la gente en la fábrica no tenía tiempo de comprarse ropa o productos de belleza. En su día de descanso iba al Once, compraba y revendía en la fábrica. Así puso la ferretería en Berez. A los cuarenta tenía tantas propiedades que se dedicaba a mirar el mar de la Bristol desde su departamento de Mar del Plata. A mi abuela la dejaba en Berez, cuidando los cobros y la administración de la ferretería. *Si uno empieza a trabajar a esa edad, cuarenta es una buena edad para jubilarse*, me decía mi papá.

Presente

Nos mudamos hace un mes. Nuestra vida ahora tiene la forma de un rectángulo hecho de ventanas. Es una caja de cristal y también es la delantera de un auto a toda velocidad en la ruta, un día de calor, sobre la que las criaturas mueren adheridas a la carrocería por la fuerza del choque. Hay pichones desangrados, pedazos de halcones, alas gigantes de mesh. Mido el paso del tiempo por la mutación de las partes pegadas en los vidrios. Se sostienen por la sangre, los fragmentos de tejidos y las plumas. Cuando caen, sé que pasó un día.

La ventana de la habitación principal y la del *living* comedor dan al mar; la de Ana, al campo de golf y la de la cocina a otro edificio. Las iguanas se esconden detrás de la heladera, de la cama y del

black out. Escuchan nuestras pisadas y corren por las paredes, encima de las figuras de los árboles que se reflejan dentro del departamento en un teatro de sombras chino. Afuera hay leones, serpientes, cocodrilos e iguanas gigantes. Antes estaban en un minizoológico en la puerta del club, mostrando toda la guita que hay en este lugar. Ahora salieron, ya nadie los cuida ni los alimenta.

El Chimal es uno de los desarrollos residenciales más exclusivos del Pacífico mexicano. Está rodeado de autopistas y tierra árida. 7000 metros cuadrados de pasto forman uno de los campos de golf más grandes del país. Las playas de Bahía Erena deberían ser amables, pero el agua está en ebullición.

Dormimos juntas en la habitación principal. La de Ana está vacía. Los juguetes que le trajimos están desperdigados por todo el departamento. En el *living* comedor hay una mesa de madera de Tzalam ovalada y seis sillas tejidas en papercord frente a un ventanal de 2 por 2 metros. Una mesita con una orquídea y un portarretratos. Y un ficus en una maceta de cerámica blanca.

El camino desde las habitaciones hacia la cocina es un pasillo vacío excepto por un cuadro con marco

dorado. Es la impresión de un óleo. Una vaca enorme sobre un campo con cielo rojo. El piso de todo el departamento es de porcelanato blanco, igual que la foto del anuncio que vimos en internet.

Javier

Primero le empezó a doler la cabeza, pero no me dijo nada porque tenía mucho trabajo y pensó que era estrés por tantas videollamadas. Después le dio fiebre. Como no le bajaba y no teníamos ni ibuprofeno, llamé al médico clínico que me había revisado apenas llegamos a México, cuando un poste de luz me dio una descarga eléctrica. Habían pasado dos años de esa consulta, había nacido Ana y nos habíamos mudado al Chimal. Cuando me respondió le dije: *lo molesto cada vez que me mudo de ciudad, espero que esta sea la última*. Aquella primera vez, en la Ciudad de México me atendió sentado detrás de su escritorio de madera oscura, a espaldas de una biblioteca antigua llena de miniaturas de Marvel. Tenía lentes de pasta verde. Lo primero que

hizo cuando le conté del poste fue reírse con los dientes de nicotina. *Ahora eres poderosa, como Electra.* Mientras me tomaba la presión para hacer algo, me dijo: *Tal vez este no sea tu lugar en el mundo.* Me pareció mejor hablar con él que con el ginecólogo que atendió mi embarazo. Había llamado a su consultorio para pedir un turno antes de venir a vivir a la playa. Quería hacerme la revisión postparto, pero la secretaria me dijo que ya no le daba seguimiento a sus pacientes viejas. *El doctor acaba de terminar su especialización en hormonas bioidénticas y ahora solo trata desarreglos hormonales de pacientes de primera vez.* Si alguna vez lo vuelvo a ver le voy a gritar ¡estafador!

Le dije al clínico que ya no vivíamos en la Ciudad de México y enseguida se acordó de mi caso, me reiteró que había sido una exageración que lo hubiera ido a ver *por un toque*. Cuando terminé de contarle los síntomas de Javier, me pidió que revisara su saturación. *No tenemos ni ibuprofeno acá, doctor.* Me subí al auto y manejé una hora hasta la farmacia más cercana abierta. Ana lloró todo el camino y, cuando llegamos, le compré una paleta Magnum que devoró en un segundo y la paralizó

hasta que se durmió. El oxímetro pitó en el instante que se lo puse a Javier en el dedo y el doctor me dijo que lo llevara a algún hospital para que lo revisaran. Está ahí desde hace una semana. A pesar de ser un obsesivo de la tecnología, desde que ingresó no me contesta los mensajes. Me dijeron los médicos por teléfono que el cuadro también puede dar depresión. Me concedieron solo una llamada, junto con el único parte que tengo, *nos volvemos a comunicar si es necesario para autorizar alguna intervención mayor. Estamos saturados*, me dicen las secretarias cada vez que llamo al hospital y después de mucho esperar, logro hablar con alguien.

Contenido

Presente	9
México	11
Berez	16
Presente	17
Javier	20
Dereli	23
Enciclopedia	27
Presente	29
Javier	31
Dereli	35
Dereli	37
Presente	41
Enciclopedia	47
Presente	48
Abuela	50

Buenos Aires	53
Bahía Erena	58
Buenos Aires	63
Enciclopedia	66
Presente	68
Buenos Aires	78
Enciclopedia	84
Abuela	86
Abuela	89
Presente	91
Ciudad de México	96
Enciclopedia	99
Presente	100
Abuela	105
Dereli	109
Presente	113
Enciclopedia	117
Presente	119
Buenos Aires	121
Dereli	124
Dereli	128
Presente	133
Enciclopedia	136
Presente	137

Bahía Erena	141
Presente	145
Presente	147
Presente	148
Presente	150
Presente	151
Presente	155
Presente	157
Carta	162
Presente	165